

DENTRO Y FUERA DEL COGOLLITO INGLÉS

Invitar a la gente a último momento es estar "dentro"; mandar las invitaciones con dos meses de anticipación, completamente "fuera". Tener perros grandotes en las enormes mansiones es de lo más "dentro". Llamar "Buck House" al Palacio de Buckingham es "fuera", aunque muchos de los que están "dentro" lo hacen. Marilyn Monroe, Leonard Bernstein e Ingnar Bergman están tremendamente "dentro". El pianista Liberace no puede estar más "fuera". La palabra más "fuera" del año es fabuloso. Llegar puntualmente a una fiesta es "dentro", pero llegar al día siguiente está completamente "fuera". Todos los nietos del Primer Ministro están "fuera", como los films italianos y franceses, y los sombreros. En cambio tener una familia grande es de lo más "dentro".

La lista es interminable y muchos de sus puntos demeritados oscuros para ser discutidos en una carta transatlántica. Pero la esencia es universal, aunque los accidentes sean particulares de la gran capital británica. Hace como dos meses que los ociosos de la alta clase media se encuentran en este juego inventado del otro lado del Atlántico por los norteamericanos. Mientras Inglaterra padece la sorpresa y el bochorno del verano más caluroso de estas últimas décadas (ha batido los récords de 1947), la catalogación del "dentro" y "fuera" asume caracteres epidémicos, prolifera, se bifurca, vuelve sobre sus pasos para contradecirse y acaba por perderse en las arenas laberínticas de las distinciones sutiles.

★ Todo empezó en New York

La Viking Press de New York publicó este verano una obra titulada *In and Out Book*, de Robert Benton (que es editor artístico de *Esquire*) y Harvey Schmidt. Arbitrario e ilógico — así ha sido descrito —, el libro buscaba definir lo que está bien ("dentro") y lo que está mal ("fuera") para la clase alta de los Estados Unidos. A partir de sus alocadas clasificaciones, la revista británica *The Queen* realizó, en su número de junio 23, un intento de adaptación para uso local. El juego prendió y fue discutido en otros órganos; pronto hubo disidentes e innovadores, herejes y ortodoxos.

Más de un disgusto habrá provocado a Arthur Jeffrey, dueño de unas de las galerías de arte más avanzadas de Londres, y cuya casa en Eaton Square es la apoteosis de la "interior decoration", saber que se encuentra tan "dentro" que ya ha salido "fuera". Y la quisquillosidad de John Osborne y otros iracundos no habrán reportado ecuanimemente el dicitario de que es estar "fuera" decir que los iracundos están "fuera", pero los iracundos están "fuera". Como debajo de tantos juegos (testigo *La loi* de Roger Vailland), detrás del alfilerazo social, del inocuo pasatiempo hay mucho veneno. Pero hay algo más.

★ A Bas la Mitford, Vive Marie Antoinette

Esta nueva diversión de la clase ociosa tiene, como antecedente inmediato, una discusión sostenida en público hace unos años por Nancy Mitford y Evelyn Waugh. Recogida en libro por Hamish Hamilton (1956), ha sido puesta al alcance de las masas en un Penguin de este mismo año. Con el título de *Noblesse Oblige* y dibujos satíricos de Osbert Lancaster, el Pinguino recoge los puntos de una de las discusiones más vanas que han ocupado a los intelectuales ingleses en estos últimos años.

El origen fue un artículo del profesor Alan S. C. Ross sobre el lenguaje de las clases altas en Gran Bretaña. Publicado en una oscura revista filológica de Finlandia en 1954, el artículo fue traído a la primera plana de los diarios por una condensación y ampliación a cargo de la novelista Nancy Mitford. Si el propósito del profesor Ross había sido efectuar un ensayo de sociología lingüística, Miss Mitford en cambio busca definir un elusivo grupo: la aristocracia británica. El profesor se atiene al uso de ciertas expresiones o de ciertas fórmulas o de cierta pronunciación, en la clase alta. Miss Mitford trataba de ir a la esencia del ser aristocrático.

Las clasificaciones del profesor Ross podrían ser discutibles, pero tenían por lo menos una base práctica. Es cierto que la clase alta dice "woman" y "man" en todo contexto en que la clase media diría "lady" y "gentleman"; es cierto que la clase alta no dice "Tienen un lindo hogar" cuando quiere decir: "Tienen una linda casa"; es cierto que la clase alta llama al papel higiénico, "Lavatory paper" y no (como los cursis de la media) "Toilet paper". Pero estas denominaciones y usos, que permiten reconocer de inmediato a un miembro de la clase alta, no son rígidas y son (además) ligeramente ambiguas. Porque muchos miembros de la clase alta afectan, a veces, usar las denominaciones e incluso los acentos de la media. Y porque, sobre todo, esta materia de los usos lingüísticos es fluctuante, y lo que era verdad en 1945 o en 1954, puede no serlo en 1959.

De todos modos, el trabajo del profesor Ross era un trabajo científico, aunque polemizable. Miss Mitford lo tomó como base para sus especulaciones sobre los caracteres básicos de la aristocracia británica. Su artículo (publicado en la revista *Encounter*) es sumamente divertido. Pero el retrato que presenta de la clase alta británica es un retrato idílico. Según Miss Mitford, el aristócrata es noble y es pobre y es sufrido y es excéntrico. Con gracia

inimitable, cuenta la historia de los Fortinbras, que resumen de manera encantadora esas virtudes hermosas y respetables.

Además de ser autora de algunas agradables novelas, Miss Mitford ha escrito un par de biografías (*Madame de Pompadour*, *Voltaire in Love*), en que defiende a la aristocracia francesa de muchos cargos presentados por sesudos historiadores desde el siglo XVIII, y tal vez antes. Su actitud de genuflexión frente a los *quartiers* nobiliarios ha sido objeto de larga sátira de un lado y otro del canal de la Mancha. (El dibujante Lancaster ha imaginado un grupo de franceses protestando contra Miss Mitford y escribiendo desagradables slogans en las paredes). La verdad es que Miss Mitford, aunque doctorada en aristocracia británica y nostálgica de la corte de los Luises, no pertenece — hélas — al cogollito.

★ Una Carta Abierta

Y esto se lo dice con suma cortesía, pero implacable espíritu satírico, Evelyn Waugh en una carta abierta que también publicó *Encounter* y recoge ahora el Pinguino. La verdad es que Miss Mitford pertenece a la alta clase media y tenía veinte largos años cuando su padre heredó el título de par y sus hijas el de "Honoraables". Para la muchacha, el prefijo significó la entrada en un mundo dorado, la gloria con la que no se había atrevido a soñar. Porque el título llegó a sus manos por azar. Un tío muerto en la guerra, sin herederos varones que lo sucedieran, permitió al padre de Miss Mitford acceder al título. Y como dice Waugh, si este accidente no hubiera pasado, tal vez las Mitford hubieran emigrado a una estancia en Canadá o a un criadero de ovejas en Nueva Zelandia.

No es necesario echar sal gruesa a los ojos de Miss Mitford para ridiculizar sus pretensiones. Aunque la verdad es que el tono autocomplaciente de su artículo se merecía éstas y otras ironías de Waugh. Pero lo que está debajo de esta disputa, es otra cosa: la fascinación del esnobismo, el descubrimiento de virtudes carismáticas en quienes tienen el poder o el dinero, la transformación mitológica de los ricos en seres superiores. Miss Mitford es culpable de esto, y también lo es Evelyn Waugh en sus novelas, aunque su mano sea más leve y su ironía haga menos sofocante el incienso.

★ El Corazón del Asunto

Todos queremos pertenecer a algo. Y si es posible, pertenecer a lo mejor. Ese esfuerzo lleva a la hija del segundón de una familia noble a la exaltación de la aristocracia, y lleva a un novelista satírico como Waugh a las genuflexiones disimuladas de sus últimas novelas. En un plano tal vez más vulgar, lleva a la institución del juego de los "dentro" y "fuera". Porque una de las maneras de mostrar que se pertenece, que se está dentro, que se es de los del cogollo (tomo la palabra en el sentido que le da Pedro Salinas en su traducción de Proust), es delimitar fuertemente lo que está fuera. Las vallas, los cercos, los muros. El castillo y el foso feudal, en fin.

Lo malo es que este esfuerzo de delimitación lo realizan precisamente aquéllos que están en el límite, y quieren conservarse dentro. Como decía uno de los participantes en la polémica sobre la aristocracia y sus usos lingüísticos: Cada uno pasa la raya inmediatamente debajo de donde se encuentra. Por eso es sumamente sintomático que el juego de los "dentro" y "fuera" esté patrocinado por una lujosa revista. Es decir por una vistosa empresa comercial creada para servir los intereses (las curiosidades, los deseos, los sueños) de los que están realmente "fuera". Por eso se equivoca fundamentalmente *The Queen* cuando en un último toque de ironía pretende calificarse como la revista que está "fuera" para la gente que está "dentro". La gente que está realmente "dentro" no necesita que la revista se lo confirme.

★ El Ojo Desnudo

Desde hace algunos años, y coincidiendo con la pérdida de su condición de potencia mundial, Gran Bretaña ha estado desarrollando cada vez más empeñadamente una imagen operística de sí misma. La Reina en su Palacio dorado, el hermoso Príncipe Felipe y los deliciosos principitos, los desfiles y la pompa de los uniformes, vetustas tradiciones y costumbres incomprensibles, ceremonias cuyo sentido es misterioso (y por lo tanto mágico), privilegios sobre cuya justicia nadie discute para no empañar la poética belleza, un paisaje de tarjeta postal, el bucolismo de los grandes espacios verdes. Esa Inglaterra del león y el unicornio, del Dios salve a la Reina como broche de los espectáculos públicos, esa imagen de Epinal, es la que conmueve a Miss Mitford, la que difunden revistas como *The Queen*. Es la Inglaterra que juega al "fuera" y "dentro".

Debajo, está la vieja nación que no se ha cansado todavía del juego imperialista, y que en Nyasaland y en la Argentina, en Kenya o en la Arabia de los jeques petroleros, sigue dando sus manotazos, aferrada a seculares privilegios. Esta otra Inglaterra no interesa, sin duda, a Miss Mitford o a *The Queen*, pero es la Inglaterra real, la perdurable, la imposible. Aunque referirse a ella en la buena sociedad sea un signo de estar, irremediadamente, "fuera".

Aquí en Montevideo



¡Y suis!... (¡Qué gripes las de París, hermano!)

El escritor — Francisco ("Paco") Espínola estuvo en Europa y el Medio Oriente diez largos meses. Inició el viaje como miembro de la delegación uruguayana a la Asamblea General de la UNESCO, y su transformación sucesiva incluyó las etapas de habitante del Barrio Latino, noctámbulo, enfermo de gripe e invitado a visitar Israel. Al volver a 18 y Ejido, la semana pasada, comunicó a los que nos quedamos: en varios reportajes, la experiencia. Algunas de sus sensaciones:

—MELANCOLIA: "Vivir en París como un gran señor, gracias a la gentileza del Dr. Abelardo Saenz, que todo lo proveyó para aliviarme el contratiempo de una enfermedad que me atacó; desde medicamentos hasta los cigarrillos y la yerba".

—TERNURA ZOOMORFICA: "Mientras tanto la gata del hotel, indiferente a los demás parroquianos, me seguía hasta el segundo piso y dormía junto a mí. Un día me despertó con una caricia de su patita; fuera, en los corredores, maullaba otro gato. No ví al "galán", pero qué alegría! La gata tenía novio!".

—LITERATURA: "Estuve en París mucho tiempo, pero no anduve mucho atrás de la literatura. Esta es la consecuencia de las realidades, y yo prefería beber las causas en su mismo vaso".

—ISRAEL: "Es un país imponente. Uno se encuentra con la tradición milenaria, junto a la proyección más fantástica de lo moderno".

—PROPOSITOS: "Nuestra enseñanza se ha pasado con su mirada hacia afuera, y nos hemos perdido lo de acá dentro. Creo que esa es la gran línea que hay que retomar, y pienso luchar en ese sentido".

—LA FRASE: "Cómo viví en París! Los franceses deben creer que soy un millonario".